



Secretariado Diocesano
de Migración de
Orihuela-Alicante
ASTI-ALICANTE

Algunos ecos de la JMJ: *la acogida*

La pasada JMJ ha sido algo extraordinario. Ahora nos acordamos con nostalgia de los días vividos y de lo que ha podido significar para muchos esta experiencia de fe. Impresiona todavía ver las imágenes de aquellos días, miles y miles de jóvenes alegres que celebraban la bautizada gran fiesta de la fe. Llegando casi a los dos millones en los actos finales de Cuatro Vientos, desbordando así las previsiones realizadas.

Uno de los aspectos que ha llamado la atención, entre otros, ha sido la capacidad de la acogida experimentada. Cómo nuestras familias y comunidades parroquiales y religiosas se ofrecieron para recibir a los peregrinos venidos de todo el mundo, sin importar nada más. La acogida ha sido un valor manifestado no solo con palabras sino con hechos.

En los días previos de este acontecimiento, nuestra diócesis llegó a acoger a más de dos mil peregrinos. Los cuales pudieron conocer a los alicantinos en sus casas, parroquias y calles. En este sentido hemos podido sentir en nuestra Iglesia local un verdadero testimonio de acogida y apertura hacia personas que pertenecen a otros países y culturas. Personas diferentes a nosotros pero que comparten una misma fe.

Acogimos únicamente a los que pudieron venir, ya que se sabe que hay muchos más que quisieron y no pudieron. No sólo hago mención a la falta de recursos económicos u otros, ya que los cristianos más pobres entre los pobres no pudieron venir. La cuestión a la que hago mención es a la de los visados para venir a nuestro país, ya que en algunos países se pusieron restricciones al respecto. Hubo grupos que pidieron una estancia más prolongada para visitar otros lugares aprovechando el viaje, otros que sin más se vieron reducidos no siéndoles otorgados todos los permisos solicitados. En estos casos lo que primó fue puramente un criterio económico, dando a entender que los que finalmente venían a la España del JMJ volverían después a sus países de origen.

No estuvieron todos los jóvenes que quisieron venir, pero probablemente tampoco regresaron todos los que vinieron. Hay personas que decidieron únicamente realizar el viaje de ida, aprovechando dicha peregrinación para quedarse entre nosotros. Por eso, con el tiempo no sólo descubriremos los verdaderos frutos que ha significado directamente esta JMJ para toda la Iglesia; sino también la situación de algunos que decidieron venir a compartir su vida no sólo una semana o quince días, sino más tiempo. Es de imaginar que si tienen algún tipo de necesidad no dudarán en acudir a aquellas personas o comunidades que les recibieron un día con los brazos abiertos.

Lógicamente estas situaciones que hemos destacado de la JMJ no pueden ser comparables con la realidad migratoria que vivimos en nuestras localidades. Cerca de un cuarto de la población de nuestra provincia es extranjera. Inmigrantes, todos, con diferentes motivaciones para estar entre nosotros.

Esto nos lleva a la llamada de Dios de la acogida que realizamos en el día a día con estas personas que son también nuestros hermanos, y que para Él poseen la misma dignidad que nosotros. Lo cual nos hace reflexionar no sólo sobre qué sociedad estamos construyendo con ellos, sino también qué Iglesia queremos con ellos. Como dice Benedicto XVI, que también nos visitó, *“para la Iglesia, esta realidad constituye un signo elocuente de nuestro tiempo, que evidencia aún más la vocación de la humanidad a formar una sola familia y, al mismo tiempo, las dificultades que, en lugar de unirla, la dividen y la laceran”*. (Mensaje para las Jornada Mundial del Emigrante y Refugiado 2011).

En definitiva, de este modo descubrimos que la JMJ ha sido una verdadera experiencia de fe y acogida, que debemos saber trasladar a lo ordinario de nuestras vidas con todas aquellas personas que nos encontramos, sin distinción alguna.

Pablo Domínguez Vaquero